

Antes, durante y después de Playa Girón: 1959-1962

Marcelino Miyares Sotolongo

ANTES DE SER MIEMBRO DE LA BRIGADA DE ASALTO 2506, EN LA QUE ENTRÉ el 24 de febrero de 1961, formé parte de un pequeño grupo de jóvenes universitarios que nos movíamos alrededor de la figura de Juan Antonio Rubio Padilla¹, quien lideró el primer intento serio, no batistiano, de oposición al régimen castrista. Creíamos que la solución al problema cubano debía estar totalmente bajo la dirección de los cubanos, y que el papel de EE. UU. era de apoyo a un Gobierno en el exilio bajo total control cubano, que, a su vez, tuviese la opción de solicitar la participación de las tropas norteamericanas de ser necesario, dentro del contexto de la OEA, a fin de neutralizar la ayuda que el Gobierno cubano comenzaba a recibir de la Unión Soviética. Éramos casi todos miembros de la Agrupación Católica Universitaria (ACU), organización de militantes católicos prácticos, cuyo principio y fundamento era, y es, la participación activa en la vida política del país, con una fuerte motivación moral y de verdadera justicia social.

Como miembros de la ACU, pasábamos por una fuerte experiencia práctica de trabajo apostólico con las clases más necesitadas. Todos habíamos sido fuertes opositores de la dictadura de Batista, y yo, personalmente, me vi forzado a salir del país en septiembre de 1957, exiliándome en Madrid y regresando a La Habana la última semana de 1958, lo cual me permitió ser testigo de la caída del régimen de Batista e incorporarme inmediatamente a la «revolución», de la que me consideraba parte.

CÓMO Y POR QUÉ NOS OPUSIMOS

En enero de 1959 fui invitado, junto con tres grandes amigos de la Universidad de Villanueva², a participar en un curso de adoctrinamiento político revolucionario que se estaba ofreciendo a la élite del Ejército revolucionario y al que sólo fuimos invitados cuatro civiles (revolucionarios). Duré una sola sesión, por haber cuestionado la perspectiva marxista-leninista de la historia de Cuba que se presentó en las primeras cuatro horas del curso. Cuando regresé el segundo día, me informaron que había perdido el privilegio de continuar porque yo no era «materia» para el proyecto «revolucionario».

Afortunadamente, con un alto grado de prudencia, decidimos que los otros tres amigos/hermanos se quedaran hasta donde pudiesen, para preparar el «caso» de lo que estaba sucediendo en el campamento Libertad a fin de presentárselo a Fidel Castro, ya que éste «no podía estar consciente» de lo que se estaba tramando por elementos afines al Che y a Raúl Castro. Al cabo del mes, mis amigos fueron separados discretamente del curso y redactamos un memorando a Fidel Castro. Intentamos hacérselo llegar por varios medios, uno de ellos a través de Rubio Padilla quien, cuando le contamos lo que queríamos, nos dijo: «Muchachos, les garantizo que si ustedes entregan esta historia a Fidel en menos de 48 horas estarán bajo tierra». Juan Antonio compartió con nosotros su conocimiento de la historia de Fidel Castro desde la Universidad, y nos manifestó su convicción de que lo que sucedía en el campamento Libertad era parte de un plan que llevaría a Cuba a convertirse en parte de la órbita soviética, y en el primer país comunista del hemisferio. Nos salvó la vida, y a partir de este momento reanudamos con él una relación de formación y acción política, que ya habíamos iniciado en la lucha contra Batista, desde abril de 1957, en Miami, donde él se había exiliado. Descubrí mi vocación política a través del ejemplo de Juan Antonio Rubio Padilla.

Nuestro primer proceso opositor fue la organización de una exposición de pintura cubana contemporánea a principios de 1959, en el edificio de Ingeniería de la Universidad de Villanueva. La idea era crear un evento cultural de grandes dimensiones y con legitimidad propia, a fin de utilizar el gran movimiento de personas que asistirían a la exposición para poder «conspirar» y «reclutar» dentro de un contexto de seguridad.

A finales de 1959, fuimos llamados a Miami, donde ya se encontraba Juan Antonio Rubio Padilla, con el fin de conocer lo que estaba sucediendo políticamente en EE. UU. con relación a Cuba, y tratar de visualizar qué papel podíamos jugar los jóvenes en Cuba en ese momento de gran frustración. Regresamos a La Habana con la misión de organizar a la juventud universitaria en espera de la formación de un Gobierno en el exilio que Rubio Padilla estaba gestando. En Cuba organizamos a las juventudes afines, que cada vez se iban decepcionando más con el giro que estaba tomando la «revolución». Mi función fue editar un periodiquito, *Contra-Revolución*. Ideológica y estratégicamente, estábamos convencidos ya de que había que crear una fuerza «contra» esta revolución «traicionada»³.

Regresé a Miami el 9 de noviembre de 1960, donde Rubio Padilla estaba librando una batalla con las autoridades de EE. UU., para que el caso cubano fuese responsabilidad del más alto nivel político del Gobierno, y no de la CIA. A principios de diciembre, Juan Antonio nos comunicó que todos sus intentos habían fracasado, que EE. UU. estaba otorgando apoyo exclusivo al Frente Revolucionario Democrático (después llamado Consejo Revolucionario) bajo la autoridad de la CIA⁴, quienes preparaban una invasión desde su base en Guatemala. Al día siguiente, fui a una oficina de reclutamiento de la brigada y fui aceptado.

PLAYA GIRÓN

Llegué a los campamentos de Guatemala el 24 de febrero de 1961, como resultado de una seria decisión de ofrecer mi vida por la patria. Éramos cubanos de todas las edades, clases sociales y partidismos políticos. El entrenamiento en Guatemala, la guerra en Girón y la experiencia de la cárcel nos fraternizaron, eliminando las diferencias. Éramos, simplemente, patriotas cubanos.

Partimos de Guatemala hacia Nicaragua, donde nos esperaban barcos de la Marina mercante norteamericana que nos llevarían a Cuba. El 14 de abril, ya en alta mar, se nos comunicó que nuestra misión era crear una cabeza de playa en el área de Girón y resistir 48 horas. Se crearía un gobierno provisional en el territorio nuestro y éste pediría, de ser necesario, la ayuda de la OEA. Se producirían alzamientos en toda la Isla y, partiendo de nuestra brigada, crearíamos un gran ejército de liberación. Nos dijeron que el «aire era nuestro» porque la Fuerza Aérea enemiga sería destruida antes del desembarco. Los cubanos de la Brigada 2506 (desembarcamos 1.297 hombres), más todas las organizaciones anticastristas en Cuba, constituiríamos la avanzada, el detonante para la liberación de la patria y el rescate de la Revolución.

Desembarcamos el 17 de abril bajo fuerte fuego de la aviación enemiga. Una vez en tierra, descubrimos que todos los equipos de comunicación de la Brigada se habían perdido en el hundimiento del buque en que venían (Río Escondido). Mi función era de criptógrafo y radiotelegrafista de la Jefatura de Comunicaciones de la brigada. Estaba armado con un M3, una pistola 45, dos granadas y un cuchillo de comando. Se solicitaron voluntarios para defender un hospital, tierra adentro, donde había algunos compañeros heridos. Me ofrecí en la misión. Mi tipo de sangre era necesaria para poder operar a un brigadista y con gusto la di. Esa noche regresamos a Girón. El siguiente día, 18 de abril, lo pasamos esperando al equipo de comunicaciones. Por la noche, se solicitaron voluntarios para servir de faros humanos (y blanco para francotiradores del enemigo) en una punta, hacia el mar en la playa, haciendo señales con linternas para que pudiesen vernos desde alta mar. Vimos a San Román y a Artime⁵ salir en una pequeña lancha mar afuera, y los vimos regresar. Supe después, por boca de Artime, la noche del 19, ya en retirada, que se habían entrevistado en alta mar con el comando naval de EE. UU., que les ofreció una retirada de toda la Brigada porque todo estaba perdido. Ellos la rechazaron.

El día 19 nos llegó en paracaídas un equipo de comunicación por telegrafía con un generador de electricidad manual. Aproximadamente a las 10 de la mañana, desde una de las casitas de Playa Girón, pude enviar el único mensaje al exterior vía radiotelegrafía. El mensaje fue muy sencillo: SOS., SOS. Y la respuesta: Esperen, esperen... Éramos tres radiotelegrafistas y nos turnábamos para generar manualmente la electricidad con una especie de pedal. Era un esfuerzo agotador. Estuvimos alrededor de dos horas transmitiendo,

hasta que recibimos la orden de abandonar el sitio y replegarnos junto con toda la jefatura de la Brigada, de la cual éramos un componente, hacia la orilla de la playa. Con el mar a mi derecha, acostado y mirando al cielo, mientras que caían sobre toda la playa y en el mar los proyectiles de los morteros y cañones de nuestros adversarios, pensé que habíamos llegado al final. Con una gran paz, resultado probablemente de haber hecho todo lo que pude, saqué de mi bolsillo una cartera plástica donde tenía la foto de mi novia, Marta Clemente, junto con imágenes de la Virgen de la Caridad y la Inmaculada, y me despedí de ellos rezando avemarías y padres nuestros. Se ordenó a toda la compañía jefatura «retirarnos» de Playa Girón, hacia las montañas, al noreste de nuestra posición. Dejábamos atrás una imagen de todos en un «sálvese quien pueda» que me recordó las escenas de *Lo que el viento se llevó*. Gran parte de la Brigada estaba ya de retirada en la playa. A la casa desde donde transmitíamos, le cayó un proyectil directo y fue totalmente destruida. La compañía jefatura, bajo su jefe San Román, salió con cierto orden de la playa a paso doble forzado. Una vez fuera del área de la playa fuimos detectados por helicópteros que nos dispararon sin éxito. Pasamos una sed terrible ya que caminamos varias horas y se nos acabó el agua. Algunos intentaron beber su propia orina con resultados terribles. Finalmente, encontramos pequeños pozos de agua bastante sucia que filtrábamos con los pañuelos de seda negros que identificaban a los miembros de la jefatura de la Brigada. Se hizo de noche y nos dividimos en pequeños grupos. Caí en el de Manolo Artime.

Al día siguiente, nos reunimos todos y decidimos continuar en pequeños grupos. Nos dieron dinero cubano y pudimos verificar, más o menos, nuestra ubicación y hacia dónde teníamos que ir. El plan era avanzar hacia las montañas del Escambray antes de que se nos tendiera un cerco, o infiltrarnos en alguno de los pueblos cercanos, a fin de lograr transporte hacia La Habana para buscar asilo en alguna embajada. A media mañana tuvimos un encuentro con fuerzas del Ejército que ya nos buscaban. El grupo se dispersó y yo quedé completamente solo. Esto fue el 20 de abril y ese día comencé una nueva vida. Veinticuatro horas atrás había pensado que el final había llegado y que pereceríamos en breve. Después, estuve solo en el monte hasta el 4 de mayo.

Durante todos esos días, la lucha por la patria se convirtió en un sobrevivir sin agua, sin alimentos, y en una lucha interna para resistir a la tentación de entregarme. Logré superar la falta de agua buscando un pozo, que encontré el 22 de abril, cuando estaba prácticamente al borde de la locura por la sed. Nunca logré superar la falta de comida, pues la zona era pedregosa y árida. Había sólo maleza, y estuve sin ingerir alimentos catorce días. A través de altavoces, la milicia nos garantizaba agua y comida si nos entregábamos. Me fui acostumbrando a la idea de que en la soledad en que me encontraba, era dueño y señor de mi futuro y que, si lograba resistir, llegaría el momento en que se levantaría el cerco y podría buscar la forma de moverme hacia La Habana.

Así fue. La tarde del 3 de mayo sentí una gran algarabía en el campamento del Ejército, muy cerca de donde yo me encontraba escondido. Decían: «Muchachos, a recoger que nos vamos». Llegaron camiones y a las dos horas se hizo un gran silencio. Cayó la noche y yo no me moví porque no sabía si de verdad se habían ido, o si era una estratagema para capturarme al salir de mi escondite. Al día siguiente por la mañana, escuché por primera vez el canto de los gallos y avancé con suma cautela hacia el campamento. Efectivamente, estaba abandonado. Habían dejado gran cantidad de latas de comida abiertas. Entre ellas una de leche condensada que devoré sin importarme las hormigas que nadaban dentro de la lata. Fue mi primera comida en 14 días.

Comencé a caminar siguiendo unas líneas de un abandonado tren carbonero, pensando que me conducirían a la civilización. A medio día, de súbito, me encontré en las afueras de un caserío, de no más de diez casas, y me acerqué a la que estaba en las afueras. Toda la familia estaba almorzando en la cocina. Entré pistola en mano y les dije que no temieran, que necesitaba ayuda. Me dijeron que un hijo de ellos se había unido a la insurrección y estaba preso, que por favor me fuese. Les pedí ropa de civil e información. Me dijeron que cerca del caserío había una carretera que llevaba a la villa de Amarillas, al sur de la provincia de Matanzas, y que pasaban guaguas que venían de Girón y que recogían pasajeros. Me dieron ropa de campesino, les dejé la pistola porque iba a tratar de infiltrarme como un ciudadano cualquiera y llevar la pistola no era razonable. Me fui a esperar la guagua que llegó en media hora, y cuando me monté me di cuenta de que venía llena de milicianos. Uno de ellos, después de mirarme detenidamente, me dijo que no parecía guajiro y comenzó a interrogarme.

Mis respuestas no fueron muy satisfactorias y me dijo que yo era sospechoso y que me dejarían en el puesto militar más cercano a fin de que me investigaran. En el puesto militar no pude explicar qué hacía en el área, ni por qué no tenía ninguna identificación. Sólo tenía un rosario que no quise dejar atrás. Concluyeron que yo no era de allí, que no era guajiro, y que por tanto tenía que ser uno de los invasores que todavía no habían sido capturados. No me quedó más remedio que decirles, con gran orgullo personal, que, efectivamente, yo era uno de los invasores y que me habían capturado tratando de escapar, que yo no me había rendido. Me metieron en un calabozo, y, al día siguiente, me mandaron al Palacio de los Deportes en La Habana, donde estaba el resto de los prisioneros, 1.180 hombres del total de 1.297 que desembarcamos el 17 de abril.

Del 4 de mayo de 1961 al 24 de diciembre de 1962, día en que fuimos «rescatados» a través de un canje por más de 50 millones de dólares, la cárcel fue un escenario de verdadera lucha. Me explico. En la cárcel uno se siente parte de la historia, que está haciendo historia. Yo sentía que mi presente y mi futuro estaban totalmente ligados a la patria, ya que estaba allí por «entrega total» a ella. Esta sensación de absoluta identificación e identidad con la tierra natal produce una gran paz interior y genera una

tremenda energía. Una vez superada la ausencia de libertad externa, se va descubriendo poco a poco que la verdadera libertad está dentro de cada uno de nosotros. De todas las experiencias de la cárcel, que fueron muchas, hay dos que reflejan una lucha por la patria tanto o más real que el mismo desembarco en Playa Girón. Una, en el Castillo del Príncipe, y la otra, en Isla de Pinos. Ambas «batallas» compensan y superan con creces la derrota militar de Playa Girón, siendo esta convicción moral la esencia y relevancia de este testimonio de lucha sin tregua antes, durante y después de Girón.

BATALLA EN EL CASTILLO DEL PRÍNCIPE⁶

La noticia de que íbamos a ser juzgados por un tribunal revolucionario nos tomó por sorpresa a todos, porque considerábamos que éramos prisioneros de guerra y, como tales, gozábamos de la protección de la Convención de Ginebra. Nos dijeron que las penas, conforme a las leyes revolucionarias, serían desde treinta años hasta la pena capital. En la primera semana del mes de abril de 1962, y dos días antes del juicio de toda la Brigada, del cual nos enteramos dos o tres días antes de que éste se celebrase, un grupo de abogados, que nos encontrábamos en el vivac del Castillo del Príncipe, nos reunimos con urgencia para planear la defensa⁷. Llegamos a la conclusión de que nuestra mejor defensa era renunciar a todo tipo de defensa, lo cual implicaba pedirle a todos los brigadistas que se abstuvieran de dar testimonio en el juicio. Los argumentos jurídico-morales fueron: nuestra condición de prisioneros de guerra y el argumento moral de no reconocer la legitimidad del tribunal ni del Gobierno al cual éste representaba, razón por la que habíamos ejercido el derecho de hacer la guerra. Estos argumentos eran coherentes con nuestra convicción y acción.

Presentamos la recomendación del equipo legal a toda la Brigada y, galera por galera, hicimos el pacto de abstenernos de dar testimonio en el juicio, a riesgo de asumir la posibilidad de que nos sentenciaran a todos a la pena capital. Al enterarse de nuestro gesto, las autoridades ejercieron una fuerte presión sobre algunos brigadistas para que hablasen en el juicio. Llegó el día del juicio y todos los brigadistas, en masa, comenzando por San Román y Oliva, los jefes militares de la brigada, y su jefe político, Manuel Artime, se negaron a reconocer al tribunal, limitándose a decir: «Yo soy..., miembro de la Brigada 2506, prisionero de guerra, y me niego a dar testimonio conforme a la Convención de Ginebra». Esta actitud colectiva, decidida democráticamente por toda la Brigada, fue la gran batalla moral ganada más allá de Girón. Nos jugamos nuestras vidas una vez más. Dimos un ejemplo de valor colectivo a la opinión pública internacional y a todos los cubanos. Fuimos sentenciados a treinta años de prisión, pérdida de la ciudadanía y un valor para el canje en dólares por nuestra libertad. Nos dividieron en tres grupos: los de US \$100.000, los de US \$50.000 y los de US \$25.000. Yo tuve el honor de caer en el primer

grupo, con lo cual era imposible que se pagase mi libertad con los esfuerzos de mi familia, ya que habían perdido todo lo que habían tenido y estaban, prácticamente, en la miseria.

BATALLA DE ISLA DE PINOS

A Isla de Pinos trasladaron a principios de mayo de 1962 a los catalogados con un valor de rescate de US \$100.000 por cabeza. Éramos 205 hombres. Fuimos recibidos con vítores por los presos políticos de las circulares del Presidio Modelo de Isla de Pinos, mientras que los carceleros nos recibieron con humillaciones, forzándonos a desnudarnos a golpes de bayoneta por las nalgas. Las condiciones de vida eran infames: no vimos jamás el sol en más de siete meses, el desayuno-almuerzo-comida era en un espacio de cinco horas; nunca vimos un pedazo de carne, había solamente una letrina para 205 personas, dos duchas; no había jabón ni pasta, sólo calzoncillos como vestimenta; dormíamos en piso de mármol en el espacio del cuerpo, esto es, con un prisionero a la derecha y otro a la izquierda.

En estas condiciones infrahumanas, un pequeño grupo de prisioneros decidimos pedirle a uno de los tres capellanes de la Brigada, el padre Tomás Macho, SJ, que nos explicase la Biblia, desde el Génesis. Formamos un grupo de estudio multidisciplinar con énfasis en la historia del hombre y la historia de Cuba. A medida que pasaban los días fuimos descubriendo que estudiar, pensar, dialogar, nos estaba de alguna forma «liberando» internamente. Denominamos al grupo Centro de Formación Cristiana⁸. Acordamos hacer una copia en miniatura de nuestro sumario del estudio de la Biblia, a fin de pasarla clandestinamente a las circulares, y que esto fuese utilizado para aplicar nuestra metodología de estudio/organización y crear Centros de Formación Cristiana en toda la prisión. Estudiamos, entre otras cosas, la encíclica *Mater et Magistra*, de Juan XXIII, que acababa de publicarse y estaba teniendo un gran impacto político-social en el mundo.

Entre el círculo de estudios y las tareas que nos imponíamos, no nos alcanzaba el día. Una de las tareas fue tener conversaciones privadas con otros prisioneros que manifestaban curiosidad por saber qué nos mantenía tan activos y enérgicos. En estas interacciones comenzamos a ayudar mental, cultural y espiritualmente a otros prisioneros. Teníamos la convicción de que estábamos haciendo patria a través de cada uno de los cubanos que allí nos encontrábamos. Llegó el momento, a finales de septiembre, en que yo personalmente sentí una gran libertad interior y una «felicidad» nunca experimentada, basada en el servicio que estaba prestando. Cuando llegó el 23 de diciembre la noticia de que nos íbamos a Miami, la recibí con indiferencia, consciente de que mantener la fidelidad a la patria es más fácil en «prisión» que en «libertad».

En la batalla de Isla de Pinos crecimos como personas y creamos una dinámica de servicio al prójimo que nos hizo más cubanos, más patriotas.

Aprendimos que el verdadero patriotismo puede hacerse en cualquier lugar y que consiste en darse al máximo, en darlo todo. Aprendimos que para dar hay que tener. De ahí, el énfasis que pusimos en la formación política y moral verdadera. Aprendimos a evitar las discusiones políticas en las que sólo cuenta «mi opinión», porque sólo yo «tengo la verdad», y a concentrar nuestros esfuerzos en el estudio y el diálogo. Estas lecciones han orientado mi acción política por Cuba hasta hoy y posiblemente hasta el último minuto de mi existencia.

1 Juan Antonio Rubio Padilla (La Habana, 1 de mayo de 1909-Miami, FL., 22 de septiembre de 1989). Doctor en Medicina, graduado de la Universidad de La Habana. Fundador de la Agrupación Católica Universitaria de La Habana, con el número 1, en 1928. Fundador del Directorio Estudiantil Universitario de 1930. El 4 de septiembre de 1933 leyó a la asamblea de clases y soldados el Manifiesto del Directorio Estudiantil de 1930, que los presentes aprobaron por unanimidad. El 10 de septiembre de 1933 logró que se revocara el voto de confianza a los miembros de la pentarquía para que eligieran al Presidente de la República. Propuso al doctor Ramón Grau San Martín para Presidente, lo que fue aprobado por el Directorio. Así se cambió el curso de la historia de Cuba, dado que el doctor Ramón Grau San Martín liquidó la sociedad colonial que la Enmienda Platt había protegido y Cuba pasó a manos de los cubanos.

2 Los amigos fueron Miguel Uría, Javier de Varona (EPD), y Ángel Moreno (EPD).

3 La cuestión de si la Revolución fue traicionada o no, fue tema de debate en el exilio y dentro de nuestro grupo. En este punto discrepé de Rubio Padilla.

4 Ver el artículo de Juan Antonio Rubio Padilla del 27 de abril de 1961, «A la opinión pública», en el *Diario de Las Américas*, en el que presenta un análisis y evaluación crítica de este proceso político que culminó con el fracaso de Girón. A mi juicio, no se puede apreciar en su totalidad el período 1959-1962 de la historia de Cuba sin leer esta versión del proceso.

5 José Alfredo Pérez San Román fue jefe militar de la Brigada 2506. Manuel Artime Buesa (Cuba, 1932- Miami, 1977) fue jefe político. Había sido miembro fundador del Partido Radical Liberal y comenzó a oponerse al recién instaurado Gobierno de Fidel Castro desde 1959. Fundador del Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR), y en 1963, después del descalabro de Playa Girón, organizó en Nicaragua una expedición a Cuba de 300 hombres con fondos de la CIA.

6 No he visto nada escrito sobre este capítulo de verdadera gloria de la historia de la Brigada 2506.

7 Los abogados en el vivac éramos: García Montes, Miguel Uría, José Miró, Carlos Nodarse y yo.

8 Los miembros de primera línea de este grupo fueron: Tulio Díaz, Carlitos Onetti, Fernando Macías, Alberto Menocal, Pepe Díaz, el padre Tomás Macho, y yo como coordinador.



El muro de los lamentos. (Detalle)

Instalación, óleo sobre lienzo, madera y yeso, dimensiones variables, 2001.